RECURSOS ESCUELA SABATICA
Comentarios de la Lección

I Trimestre de 2008
El discipulado

Lección 8
23 de Febrero de 2008

La experiencia del discipulado

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame"* (Marcos 8:34).

Introducción

Los estudios de la lección de esta semana penetran profundamente en el significado del discipulado. Cualquier persona puede convertirse en un discípulo de Jesús, pero no cualquier estilo de vida sirve al discipulado.

Vamos a comenzar con una expresión: "Vengo tal como soy". Parte de esta frase es el título de uno de nuestros himnos. Es una expresión muy significativa, y es verdadera. Sencillamente debemos ir a Jesús tal como estamos. No debemos volvernos buenos y obedientes para así llegarnos a Cristo. Si pretendiéramos hacerlo de ese modo, la verdad es que nunca llegaremos ante Jesús. No somos nosotros quienes debemos perfeccionarnos para entonces merecer la compañía de Cristo. Es Él quien vino para salvarnos, y es El quien nos quiere transformar, así como fue Él quien nos creó a través de Adán y Eva.

Este es el punto que resalta la lección de esta semana, y que iremos profundizando en este comentario. Ser discípulo significa aceptar la invitación de Él tal como somos. En el mismo instante, cualquiera sea nuestra condición, podemos ir a Él. Y esto es muy bueno, porque no depende de nuestros esfuerzos el hecho de que podamos llegar hasta Él. ¡Pero el proceso no se detiene en eso!

Cuando llegamos hasta Él, quedamos encantados con Cristo. Aprendemos a amarlo. Eso dará como resultado que deseemos que Él haga algo en nosotros, es decir, que nos transforme. Así como únicamente Él fue capaz de crear seres vivos, y nos creó, así únicamente Él es capaz de transformarnos, nadie más, ni siquiera nosotros mismos, que estamos hundidos en el pecado. Nuestra parte consiste en amar a Cristo. Amándolo, desearemos ser transformados por Él, sentiremos una profunda necesidad de que eso sea una realidad en nuestra vida, porque ansiaremos ser como Él es.

Si aceptamos su invitación, si lo amamos, entonces tendremos una experiencia con Jesús. Será una experiencia de vida, tal como la los discípulos de aquellos tiempos, quienes tuvieron una experiencia con Jesús durante tres años y medio. Es por medio de una experiencia de vida que somos transformados. Y una experiencia de vida con Cristo significa lo siguiente:

- Andar con Él, tal como Enoc.
- Aprender de Él, especialmente a través de su Palabra.
- Conocerlo cada vez más, y amarlo cada vez más.
- Ansiar cada vez más ser como Él, y esto significa apartarse de las atracciones mundanales.
- Gustar de las transformaciones que Él va operando, gradualmente, en nuestra vida.

La experiencia del discipulado consiste en una vida práctica de cambios. No es sólo tener un conocimiento teórico sobre Jesús, sino tener un conocimiento surgido de la Biblia (conocimiento teórico), más el conocimiento de la vida práctico que confirme ese conocimiento de la Biblia. No consiste únicamente en saber de memoria muchos textos de la Biblia, sino en saber cómo aplicarlos, eso es lo que los convierte en algo práctico en nuestra vida. No consiste sólo en dominar nuestras 28 Doctrinas Fundamentales, sino vivir esas doctrinas en la práctica cotidiana.

Si en nuestra vida la práctica fuera distinta de lo que ya conocemos, estaremos siendo incoherentes entre lo que Cristo enseñó y en lo que nosotros queremos hacer; entre la voluntad del Señor y la nuestra. Es como si oráramos así: “Hágase nuestra voluntad…”

El Pan de Vida

Jesús dijo: “Yo soy el Pan de Vida”. ¿Qué significa esta declaración?

Tenemos dos clases de panes: el pan común, como alimento carnal. El debe ser ingerido, y se hace parte de nuestro cuerpo. Es así que crecemos y nos mantenemos vivos, ingiriendo alimento.

Jesús, como el Pan de Vida, es un tipo de alimento. No es un alimento para el cuerpo, sino para el Espíritu. Es un alimento espiritual. Son las palabras de Jesús representadas por el pan. Cristo dijo: “Yo soy el Pan de Vida. El que viene a mí, nunca tendrá hambre, el que cree en mí, no tendrá sed jamás” (Juan 6:35). “Yo soy el Pan Vivo que descendió del cielo” (Juan 6:51). “El que cree, tiene vida eterna” (Juan 6:47). “Las Palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63).

Examinemos estos pasajes. ¿Qué podemos destacar de ellos?

- Jesús es el Pan de Vida, el Pan Vivo que descendió del cielo.
- Quién viene a Él y cree en Él nunca más tendrá hambre ni sed.
- Las Palabras de Cristo son Espíritu y Vida.

Jesús está hablando de un pan que sólo El puede dar, pues ese Pan es Él mismo. Las palabras que Él pronunció son esencia de vida, que únicamente Él puede brindar. Lo que Él dice explica cómo obtener la vida, y sólo Él sabe lo que debe decir. Pero para tener la vida, tenemos que creer en lo que El dijo y, especialmente, ponerlo en práctica.

¿Qué hay que poner en práctica? Así como ir a comprar pan a la panadería no sirve para nada en nuestra vida carnal, a menos que lo comamos, así tampoco sirve de mucho en nuestra vida espiritual conocer lo que Jesús dice y no comer, esto es, practicarlo.

Quien recibe las palabras de Cristo, y las pone en práctica, el tal nunca más tendrá hambre ni sed, pues tendrá la vida eterna. El pan para la vida carnal es algo que necesitamos comer todos los días. Una vez que somos perdonados de nuestros pecados, y luego transformados de seres mortales en inmortales, nunca más necesitaremos arrepentirnos ni ser perdonados. Cuando seamos salvos, cuando Jesús vuelva, estaremos salvos para siempre. Nunca necesitaremos ser salvos otra vez. Tendremos la vida eterna, no moriremos nunca más, ni siquiera envejeceremos.

El Pan de Vida, que es Cristo, es el que nos puede hacer inmortales por medio de su Palabra. A nosotros nos toca creer en esas palabras y hacerlas parte de nuestra vida, cambiando todo aquello que no esté de acuerdo con ella. ¡Gracias a Dios que Jesús es el Pan de Vida!

Los niños y el discipulado

Los seres humanos ejercen influencia unos sobre otros. Tiene que ser así para que seamos seres sociales. El problema en el contexto de pecado es que también ejercemos influencias negativas unos sobre otros. Se ha desplegado en el trayecto de pecado el deseo de dominar, que es el contrario al de servir. El deseo de dominar proviene de Satanás; el de servir, de parte de Jesús. Junto al ansia de dominio se han desarrollado deseos relacionados, como el de ser el más importante, el de tener más, el de poder más, de valer más, y así en adelante. Casi ha desaparecido el sentido de la humildad, del servicio, de estar listo a ayudar. Debido al ansia de dominio aparecen efectos colaterales tales como el distanciamiento, la separación, la desconfianza, el conflicto y la guerra, entre otros. Por la humildad aparecen otros efectos colaterales como el desear lo bueno al prójimo, querer que le vaya bien, ayudarlo en sus problemas, o ayudarlo aún cuando no tenga dificultades. El ansia de dominio está enraizada en un motivo mayor que es el odio. La humildad está arraigada en un principio mayor que es el amor.

Los discípulos también fueron afectados por el deseo de dominar, de querer ser importante. Era tan intenso este deseo que ni alcanzaron a darse cuenta de que Jesús era humilde, que con Él no habría lugar para que alguien fuera el mayor desde el punto de vista de los conceptos terrenales. Ellos tuvieron que reaprender los verdaderos principios de la vida plena.

Fueron al Maestro con la mejor de las intenciones y le preguntaron quién de ellos sería el mayor en el reino de los cielos. Y esta curiosidad estaba requiriendo una respuesta. Pero ellos no imaginaron la clase de respuesta que tuvieron.

Jesús les dijo que si no se hacían como un niño ni siquiera podrían entrar en ese reino, disputando como estaban el puesto de mayor poder. Y Jesús remató su respuesta diciéndoles que aquél que se volviera un niño sería el mayor en ese reino.

¿Qué quiere decir esto? Es muy simple: el reino de Dios es gobernado por el principio del amor. A causa del amor, no se busca el dominio sobre otro, sino estar siempre dispuesto a servirlo. Y eso es algo contrario a las inclinaciones naturales que se manifiestan aquí en la tierra. Para actuar así, sólo es posible ser humildes, y los niños lo son.

Pero ¿qué significa lo que Jesús dijo respecto de que aquél que se haga como un niño será el mayor? También eso es fácil de entender. El criterio de grandeza en el cielo es la capacidad de servir. Cuanto más capaz se vuelve alguien de servir a los demás, mayor es. Por ejemplo, Dios es el mayor en su Reino. ¿Por qué? Porque Él es capaz de servir a todos, en cualquier circunstancia; y si fuera el caso, podría hacerlo al mismo tiempo. Por lo tanto, lo que Jesús estaba diciéndole a estos curiosos era en verdad un desafío imposible de ser alcanzado por un ser humano, el de ser tan grande como Dios. Es decir, ser el más humilde implica servir más; ser tan capaz de servir a todos los seres del universo sin agotarse jamás. ¿Y hay alguien por aquí que sea capaz de algo tan grande?

Por eso es que Dios tiene poderes ilimitados, porque Él es amor, y por su poder, ama y sirve a todos los seres del universo y no se fatiga ni se cansa. Para Él no hay nada imposible. Así, El es el mayor, y nosotros ni siquiera podemos ser capaces de medir nuestra proporción de tamaño con respecto a El, que es infinito en sus atributos. Nosotros somos finitos, no hay modo de que podamos compararnos con Él.

Por ventura, ¿habrá alguien que, leyendo este comentario, deseara ser el mayor en el Reino de los cielos? Es bueno desear ser grande en ese reino, pero no el de ser el mayor. Si así fuera, comienza ahora, haciéndote humilde y desarrollando, por el poder de Dios, la capacidad de servir, que es lo contrario a mandar. ¿Y qué debemos hacer? Tomar iniciativas prácticas. En nuestra familia de vez en cuando hacemos algo en tal sentido. Días atrás, por ejemplo, cambiamos uno de nuestros automóviles por otro, mucho más sencillo. Es menos confortable, es verdad, pero no llamará la atención hacia lo que para cualquiera podría significar mayor estatus. Creemos que fue una decisión importante. Aunque cada uno podría actuar de acuerdo con sus prioridades.

La Transfiguración y un fracaso

Este punto resalta la confrontación de la providencia divina y la actitud del ser humano. Vemos un contraste que sólo el amor del Creador puede resolver, nadie más.

Reconozcamos la providencia divina. Cierto día Jesús invitó a tres discípulos para subir al monte. Ellos eran Pedro, Santiago, y Juan. No sabían que iba a ocurrir. En la cima, vieron la manifestación del poder de Dios y percibieron la Divinidad de Cristo. El fue transfigurado delante de ellos. Su semblante se volvió divino, resplandeciente como el sol. Su rostro brilló con una luz intensa. Sus ropas se volvieron de un color blanco puro. Y Dios dijo que Jesús era su Hijo amado, y declaró que debían escucharle. Y junto a Él estaban Moisés y Elías, uno representando a los muertos que resucitarían; el otro a aquellos que serían salvos sin ver la muerte, grupo de los cuales muchos formaremos parte. Esas tres cosas fueron una impresionante manifestación con respecto a quién era en verdad Jesús. Una prueba incuestionable de que Él era el Salvador.

Jesús siempre aporta pruebas suficientes para que creamos en Él. A todos aquellos que necesiten alguna prueba les será aportada. Pero para eso es necesario sentir el deseo de seguir a Cristo. Consideremos dos ejemplos. Para el rey Saúl, después que se desvió de Dios, no le fue dada ninguna prueba más por medio de profetas, específicamente, por parte de Samuel. Para que Dios se revele a nosotros, de algún modo, dependemos de que nosotros sintamos la necesidad de ser dirigidos por Él.

¿Qué quiere decir la lección con el "fracaso"? Pues bien, después de tantas pruebas, de sanaciones y milagros que pudieron presenciar, incluso experimentar, estos hombres continuaban fallando. Los discípulos, como seres humanos, por ejemplo, abandonaron a Jesús en su hora de mayor necesidad, uno de ellos llegó a negarlo y otro lo traicionó.

¿Qué significa esto? Que nosotros necesitamos cultivar la fe. Es una semilla pequeña, como un grano de mostaza, que nos llega a través de Dios. El, siempre que las necesitemos, nos da pruebas de que esa semilla tiene poder. También nos aporta las pruebas, que son como el abono para esa semilla. Pero somos nosotros los que debemos cultivarla, y eso es una vida práctica de obediencia. Poniendo la fe en práctica estamos dando oportunidad para que ella germine, eche raíces profundas y brote hacia arriba. Crecerá y se convertirá en una planta grande y poderosa. El agua y el abono serán abastecidos diariamente por el que aportó la semilla, pero somos nosotros quienes debemos colocar esos ingredientes en el lugar correcto. Así tendremos el poder de la fe que es creer en Dios y vivir en Él diariamente.

El discurso del Monte de los Olivos

Jesús dio este discurso en el monte de los Olivos, de allí el título. Allí respondió a las preguntas de los discípulos acerca de la destrucción del Templo, sobre la Segunda Venida y la consumación de los siglos.

Jesús lo hizo de una manera interesante. Muchas cosas que sucederían unas tres décadas después también acontecerán hacia el final de los tiempos, en nuestros días. Entonces él respondió de un modo que sirve para dos épocas diferentes.

La lección destaca las señales que Jesús mencionó, aquellas que sirven como un llamado de alerta para que nos preparemos. Las señales que aparecen en Mateo 24:4-44 son las siguientes:

- Muchos aparecerán en el nombre de Jesús diciendo que son Cristo.
- Muchos serán engañados (eso también ocurrió antes del año 70 d.C.).
- Muchos se escandalizarán, traicionarán y se odiarán unos a otros (y eso de parte de aquellos que pertenecían al pueblo de Dios).
- Se levantarán falsos profetas (hoy podríamos decir "falsos pastores", dentro y fuera de la iglesia de Cristo).
- La iniquidad se multiplicará.
- El amor de muchos se enfriará (abandono de la fe).
- Será necesario perseverar hasta el fin (de la vida de la persona o de los tiempos).
- Surgirán falsos cristos en muchos lugares.
- A pesar de todo lo predicho, muchos caerán en esas falsas demostraciones de poder.
- Jesús vendrá desde el espacio, así como un relámpago se extiende desde el oriente hacia el occidente.
- No obstante, el día de este evento nadie lo sabe.
- A pesar de ello, las palabras de la profecía son verdaderas.
- Hay que velar (estar atentos a las señales proféticas), porque nadie sabe ni el día ni la hora.
- El Hijo del Hombre vendrá a la hora menos pensada.
- No debemos ser tomados por sorpresa.

En resumen, ¿qué significa esto? Lo resumimos en cuatro partes:

1) Surgirá un gigantesco sistema de engaños, falsedades y mentiras.
2) Habría persecuciones y mucho odio hacia los seguidores de Cristo, paganos contra cristianos, y los propios cristianos entre sí.
3) El amor de la mayoría de los que llegaron a seguir a Jesús se enfriaría, y esas personas abandonaría las filas y se convertirían en enemigos de los que permanecieran dentro de ellas.
4) Es necesario velar y perseverar hasta el fin para ser salvos.

Estas cosas sucedieron luego de la partida de Cristo, hacia el final del primer siglo, y nuevamente hacia el fin de los tiempos. Gran parte de esas profecías ocurriría durante los 1.260 días (538 d. C. a 1798 d.C., según la profecía de Daniel 7 – 12. Todo lo que los verdaderos seguidores de Cristo tuvieron que enfrentar desde que comenzaron a anunciar el Reino de Dios, cuando ya han pasado casi dos mil años, tendrán que pasarlo nuevamente en unos pocos días, antes del fin del tiempo de gracia, y después de ese período, durante las plagas.

Vivimos exactamente en esos días finales. Es tiempo de preparación, tal como lo hemos estudiado en temas anteriores, para la venida de Cristo. La profecía de su Segunda Venida está muy cercana, mucho más de lo que muchos de nosotros siquiera podemos imaginar. Debemos liberarnos de las cosas de este mundo, de sus

atractivos. No es sabio cambiar la vida eterna, de delicias indescriptibles por un puñado de baratijas aquí en la tierra. Pero, finalmente, la elección es de cada uno.

Llevar la cruz

No hay que hablar antes del tiempo oportuno de aquello que todavía no podemos entender. Hacer esto es arruinar el conocimiento porque perderemos la atención y la credibilidad de las personas.

Cuando yo tenía unos 19 años, fuimos a acampar a las márgenes del río Ibiquí, en el estado de Río Grande do Sul, en Brasil. Cierto día, caminando por el bosque, encontramos un riacho que formaba una piscina natural, con una pequeña entrada y una pequeña salida. Dentro de allí había una cierta cantidad de peces. Cerramos las dos entradas y revolvimos el agua hasta que se volvió turbia y capturamos casi todos los peces sin tener líneas o anzuelos. Fue una pesca grandiosa y sabe Dios que no es una historia de pescadores.

Pero, ¿qué sucedió un día de esos? No mucho tiempo después, estaba en una rueda de amigos conversando. Cada uno de nosotros contaba algo. Algunos contaban anécdotas; otros, “historias de pescador” obviamente fantasiosas. Fue entonces que resolví contar mi experiencia, que no era una mentira como algunas de las otras. ¿Piensas que alguien me creyó? Francamente pasé por mentiroso. Llegué a la conclusión de que no debería haber contado ese hecho de mi juventud. Aprendí la lección: en ciertas circunstancias hay que evaluar muy bien si se pueden revelar o no ciertas informaciones.

Jesús caminó aquí en la tierra. Después de muchas demostraciones de poder sobrenatural, le preguntó a su grupo más íntimo lo que el pueblo decía respecto de Él, aunque sabía la respuesta. Ellos le dijeron que el pueblo creía que Él era Elías, Juan el Bautista, o alguno de los profetas del pasado, menos que fuera el propio Hijo de Dios.

Entonces Él hace una segunda pregunta: “Y ustedes, quién piensan que soy yo”. Y Pedro respondió por todos y dijo: “¡Tú eres el Cristo!”.

Entonces Jesús fue claro y directo en la advertencia de que no le revelaran eso a nadie.

¿Por qué Jesús les prohibió que le dijeran al pueblo su verdadera identidad? Porque esa era tal vez la mejor estrategia para que el plan de salvación fuera mal entendido. Así como yo conté aquella experiencia en un momento inoportuno, así también para el pueblo no era la hora oportuna de revelar la verdadera identidad de Jesús.

Satanás estaba atento, y por medio de agentes humanos intentaba matar a Jesús. Se había librado una batalla entre Jesús y Satanás, de vida o muerte. Uno de los dos debía morir para siempre; uno de los dos debía ser derrotado para luego morir y no ser jamás restablecido. Si Jesús fracasaba como hombre, nunca resucitaría para no morir más.

Para que Jesús se convirtiera en el Salvador de la humanidad, había un plan minucioso y detallado que debía cumplirse. Este plan, por ejemplo, incluía el día y la hora de la crucifixión y la muerte de Jesús, incluso las palabras que debía pronunciar y muchos otros detalles. Cada elemento de este plan que se desviara de uno u otro modo, haría que la salvación fuera denunciada como impracticable. Y Dios no falla, no puede fallar. Ni Jesús, como candidato a Salvador, debía fallar si quería salvar a alguien. Aún cuando en aquél tiempo era apenas un humano como nosotros.

Si las multitudes se hubieran enterado quién era Él en realidad, en vez de escuchar sus mensajes, lo proclamaría como Rey de Israel y pretenderían hacerlo líder en su rebelión contra el Imperio Romano y contra los actuales líderes judíos. Eso casi ocurrió por iniciativa, felizmente, de un pequeño grupo, entre los cuales estaban los discípulos más allegados. ¿No alcanzaba con las polémicas que los líderes religiosos judíos provocaban?

La revelación a las multitudes acerca de quién era Él debía darse después de que Él se convirtiera en el Salvador, o sea, después de que El cumplirá con la parte del plan de salvación que incluía la muerte en la cruz. Debemos notar que El mismo no podría defenderse por medios supra humanos. Pero a los discípulos, luego de su ascensión podría, si fuera necesario, garantizarles defensa sobrenatural.

Después de haberles impedido que revelaran quién era Él, les explicó lo que debía suceder con Él: sería apresado, enjuiciado y muerto. En eso consistía su misión. Después de todo, después de que se convirtiera en el Salvador victorioso, entonces quedarían en libertad de proclamar esa verdad al mundo entero. Ya no habría modo de alcanzar a Jesús para arruinar el plan de salvación. Sin embargo, Pedro todavía no lo había entendido. Quedó enojado y le advirtió a Jesús que no le hablara de ese modo. Vemos entonces que aún las personas que lo conocían querían que Él no fuera otra cosa que un rey, nada de que fuera muerto; nada que implicara que se convirtiera en un Salvador. Querían un rey terrenal, nada más. Si las multitudes supieran claramente quién era Él, habrían hecho lo mismo que Pedro, es decir, se habrían organizado y generado una gran confusión para la misión.

No fue nada fácil para Jesús su peregrinaje para llegar a ser el Salvador de la humanidad. Debemos tener mucho cuidado para no echar todo a perder diciendo palabras mal ubicada en el tiempo y en el contexto.

Aplicación del estudio

El párrafo del libro *El Deseado de todas las gentes*, p. 615 seleccionado por el autor de la lección, nos revela que para vivir debemos comer la carne y beber la sangre del Hijo del Hombre. ¿Cómo es esto? ¿No parece algo extraño?

La interpretación es espiritual. Está relacionada tanto a la vida eterna como con la vida terrenal, mientras la atravesemos. Es en esta vida transitoria que, comiendo la carne y bebiendo la sangre de Cristo, viviremos mejor y después obtendremos la vida eterna.

Pero todavía faltan algunos detalles, ¿no es así? Ciertamente no se trata de algo literal. El hecho es que nadie, ni siquiera los discípulos, comieron la carne o bebieron la sangre de Jesús.

Pues bien, la iglesia romana hace algo curioso. Transforma (por medio de una transubstanciación) el pan en la carne de Cristo, y el vino en su sangre. Pero eso no tiene base bíblica, por lo tanto, es un ritual inventado que parece verdadero, pero que es absolutamente falso.

Entonces, ¿cómo se resuelve esto de comer la carne de Cristo y beber su sangre? La lección lo explica: Nuestra vida la debemos a la muerte de Cristo. Tanto la vida pasajera como la eterna. Cada vez que comemos pan, o bebemos agua, vivimos por los méritos de la muerte de Cristo. Todo alimento que ingerimos se vuelve sagrado a la luz irradiada por aquél servicio de comunión en el aposento alto, en la cena con los discípulos. Allí Jesús hizo provisión de vida para sus hijos, la que selló con su muerte en la cruz. Esto es más que un motivo, sagrado, porque hace que tomemos muy en serio la reforma de la salud que la iglesia está promoviendo con bastante dedicación. Estamos en los días en los que tenemos que consagrarnos a Dios, y esa consagración comienza con la alimentación.

Prof. Sikberto R. Marks

Comentario da Liçao da Escola Sabatina

© Prof. Sikberto Renaldo Marks
(marks@unijui.tche.br)

© Traducción:
Rolando D. Chuquimia (rdchuquimia@ciudad.com.ar)
RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática